



CIENCIAS, VISIONES INTEGRADAS DE LA REALIDAD Y EL PAPEL DE LAS HUMANIDADES

Hugo Zemelman Merino

A través del presente artículo quisiera hacer algunas consideraciones de carácter global sobre cómo una persona que está vinculada al proceso educacional, que tiene una larga experiencia en la educación universitaria, pero que no es especialista en educación, puede comparar su experiencia en Chile con la experiencia de otros países, ¿qué pasa en este momento con la educación en América Latina?, ¿qué pasa con los profesores o con los analistas del proceso de la educación?

En este sentido puedo hacer dos o tres señalamientos que me parecen básicos, no en el ánimo de dar ante ustedes ninguna respuesta, sino, por el contrario, enfrentar problemas que a veces no se enfrentan. Cuando afirmo que no se enfrentan, quiero significar que de pronto comenzamos a discutir cosas que aparecen como evidentes por sí mismas, pero que no lo son por sí mismas. Es lo que en ciencias sociales llamaríamos la naturalización de los procesos sociales, como si algunos procesos fueran tan naturales como el movimiento del sol o de las estrellas y no los atribuyéramos a opciones de construcción de los hombres, que, en tanto construcción de los hombres, obedecen a valores relativos, y, por lo tanto, necesariamente siempre compartidos.

Creo que el concepto de pluralidad tan en boga hoy no se rescata necesariamente en el esfuerzo por comprender las realidades socio-culturales, como lo es la educación desde su condición de resultado y producto de opciones de construcción de los hombres, pues así como se construye de una manera se puede construir de otra. Concepción que lleva una mayor exigencia en el pensamiento, porque no es tan sencillo pensar la realidad educacional como la realidad económica o como la realidad política de un país, ya que no hay leyes naturales sino relatividades culturales muy fuertes, pero más que nada una vinculación con proyectos de grupos sociales que constituyen en un sentido o en otro, con los que se puede estar de acuerdo o en desacuerdo, pero que no se pueden invalidar. Cuando en América Latina se habla de democracia se está aludiendo de una manera clara, no sólo filosófica sino práctica a que las realidades múltiples de un país son construcciones diversas y que esas construcciones coexisten entre sí. Un sistema como el democrático se caracteriza fundamentalmente por eso, si no se caracteriza por eso, no es democracia. En ese sentido creo que desde el ángulo de las ciencias sociales hay cuestiones que tenemos que enfrentar que planteo como una interrogante y en ningún caso como una respuesta, sino con el ánimo de animar el debate. En verdad ¿estamos en América Latina presenciando democracias?, análisis que debe hacerse país por país sin hacer generalizaciones absurdas. La respuesta es múltiple. Hoy día, por ejemplo en México, se está viviendo una llamada transición a la democracia, pero si uno viaja al Brasil también se vive la transición a la democracia, en Argentina se vive la transición a la democracia y en Chile se sigue viviendo la transición a la democracia. Cabría preguntarse cuándo terminan las transiciones y cuándo vamos a tener claro lo que es esa democracia que es una especie de tierra prometida.

Una implicación práctica de lo que digo se la vincularía con la revalorización de la práctica docente, que no es un problema menor, que tiene directa relación con el concepto que tengamos de democracia aplicada a la escuela, aplicada no solamente al aula, sino a la propia formación de los maestros. Si a los maestros no se les respeta su propia creatividad en el aula, de qué democracia de la educación estamos hablando. Tenemos que preparar maestros capaces de desarrollar la suficiente creatividad como para poder ir construyendo a lo largo de su propia experiencia, la experiencia humana de confrontación con la gente joven en proceso de darse, la posibilidad de ir definiendo sus propios criterios de construcción. Cómo es posible formar hoy día una persona que tenga la mínima certeza de que sabe algo en una sociedad que está constantemente cambiando y descalificando las formaciones anteriores, descalificaciones en el sentido de las llamadas calificaciones en el ciclo vital de una persona. No es suficiente que una persona salga de una aula universitaria por eximia que ésta sea con determinados insumos y que esos insumos le vayan a valer el resto de su vida; no es así, entonces ¿qué es lo valioso de la formación?, ¿qué estamos entendiendo por formar?

Aquí es donde surge un tema que no es metafórico, pero que se usa casi metafóricamente ¿dónde está el papel del pensamiento en el proceso de formación? Porque si hay algo que trasciende la propia información curricular que una persona pueda recibir, es el pensamiento que se forje en esa persona de los 17 a los 25 años. Si durante ese lapso esa persona se llena de información pero no se estimula su capacidad de pensar, entonces ese individuo queda rápidamente descalificado por los propios ciclos tecnológicos de esta sociedad en que vivimos.

Es un problema serio no resuelto, pero no es un problema sólo de la educación, es un problema que enfrentan hoy día las propias disciplinas sociales que enfrentan la crisis de las llamadas teorías generales. Hoy casi nadie se atreve a hablar de una teoría general de la sociedad, ¿con qué la estamos remplazando? Por una forma de colocarse frente a los problemas, una forma de pensar que no implique que este colocarse frente a los problemas conforme por sí mismo respuestas definitivas, sino tan sólo la capacidad de comprenderlo en su propio flujo, en sus propias transformaciones muchas veces imprevisibles; pero ¿por qué imprevisibles?, porque no hay leyes claras en la sociedad humana.

La sociedad humana no está sometida a leyes celestes como se pensó por las propias ciencias sociales hasta hace muy poco; puede que existan estas leyes, pero probablemente a escala de un tiempo no humano. Si pensamos que el tiempo humano es de 25 a 30 años, puede haber leyes que registren la historia, que tengan la posibilidad de ser reconocidas en el lapso de 100 años o de 150 años, pudiendo ser útiles para entender los grandes ciclos de la sociedad humana, pero no para entender la sociedad en el tiempo en que la persona vive como sujeto pensante. En ese lapso el hombre está abandonado de la protección de leyes, por consiguiente, tiene que refugiarse en su propia capacidad para enfrentar la complejidad, sin asidero ninguno, ni comulgar con ley celeste alguna que le explique todo de una vez.

En lo personal pertenezco a una generación que creyó en las leyes, que creyó en las leyes de la historia, dando lugar a teorías fantásticas que resultaron por supuesto falsas; pero nos quedamos con la hermosa etiqueta de las leyes de las transiciones hacia lo mejor, porque partíamos de la premisa de que la sociedad humana progresaba. Hoy ya no se cree que la sociedad humana progrese, o bien, que puede progresar pero también retroceder, lo que nos coloca ante cuestiones muy desafiantes.

¿Cuál es el desafío de hoy? ¿qué es lo que se pretende que cumpla la educación? Cuando decimos hoy estamos hablando de una crisis muy profunda del modelo civilizatorio que estamos viviendo en el tránsito del siglo XX al XXI, crisis de un modelo que se viene acuñando desde el siglo XVII. Estamos obligados a abordar problemas que son inéditos. Quisiera mencionar solamente uno: la tecnología, ¿qué es la tecnología?

Si uno examina los currículos de la educación superior, muchos de éstos tiene la impronta de formar los especialistas en las llamadas tecnologías de punta. La cuestión reside en si eso tiene sentido. Porque ocurre que estas tecnologías de punta que caracterizan al modelo civilizatorio de hoy son tecnologías cambiantes, que, además, están cada vez más privatizadas, porque son tecnologías diseñadas con patentes de exclusividad en los institutos o en los departamentos de investigaciones de las grandes empresas que tiene los recursos para impulsar su desarrollo; por lo tanto, si aceptamos simplemente el reto de decir, tenemos que adecuarnos a las tecnologías, estamos sin querer aceptando que el proceso de la educación cumple la función de formar personas que se adecuen a las exigencias de paquetes tecnológicos, que no son sólo tecnológicos sino además discursos ideológicos y de poder, por lo tanto, de una exigencia de funcionalización de la persona a las exigencias que plantean los paquetes tecnológicos.

¿Dónde queda el ser humano? ¿cómo lo rescatamos? ¿qué pasa con la filosofía?, ¿qué pasa con la propia historia?, ¿qué pasa con la literatura?, ¿qué pasa con la poesía? o, para decirlo en una palabra, ¿qué pasa con el ser humano que no se agota en el rol social concreto instrumental que va cambiando a una velocidad creciente en la vida de una misma persona? ¿qué pasa con ese individuo cuando ya lo entendemos más allá de sus roles, llamémoslo ocupacionales? O bien, formamos solamente gente eficaz para el cumplimiento de ciertas funciones sociales, en circunstancia de que esas funciones sociales están constantemente redefiniéndose, cabe preguntarse dónde queda el sujeto. El sujeto aparece como desarticulado en una cantidad enorme de funciones, el hombre aparece de pronto como una sumatoria de funciones que no controla. Este es un tema que se vincula a muchos otros: ¿cómo nos estamos planteando los problemas?, ¿cómo los estamos investigando, y cómo estamos enseñando a la gente a entender su mundo?, cómo estamos, de alguna manera, estimulando el pensamiento para que las personas entiendan el contexto en que están viviendo, un contexto que aquí estoy caracterizando en función de una de sus dimensiones dominantes, como la tecnología.

El afán de ajuste a los contextos tecnológicos (es cuestión de escuchar a los economistas que agotan el análisis de un país en matrices) tiende a reducir la realidad a particulares dimensiones que excluyen otras que son fundamentales. Se habla de que el contexto actual nos aflige con las tasas de ahorro, con la falta de inversión, pero no se habla de la falta de expectativa de un ser humano que está jugando un rol, a veces disfuncional, no solamente para el comportamiento económico de un país, sin también político y cultural. La expectativa no es un cálculo económico, ni siquiera es un cálculo político; la expectativa puede ser simplemente la esperanza del individuo de ser individuo, de ser rescatado como sujeto. Preguntamos ¿dónde están los espacios de esos sujetos? ¿en las especializaciones? Pero las especializaciones son una forma de malformar en el sentido de adecuar la persona a las exigencias de determinados parámetros que imponen las lógicas dominantes de carácter tecnológico sin tomar conciencia de que la tecnología está permanentemente cambiando. Preguntémonos ¿quién la cambia y para qué? Con lo que se plantea un problema no resuelto en el ámbito de las ciencias sociales frente al cual la educación tiene que decir su palabra. Estamos en presencia de sociedades donde la tecnología como dimensión dinamizadora está

siendo autonomizada del hombre, lo que coloca a éste ante una máquina infernal que obliga a adecuarse a ella. Adecuación del pensamiento que determina un cierto entrenamiento, que, a su vez, conforma lo que se entiende por formación.

Estamos en presencia de una sociedad que es cada vez más autónoma, más autónoma de sus propios hombres, lo que es un tema de la educación, no solamente de los sociólogos o de la economía, ni siquiera de los filósofos de la tecnología, pues tiene que ser asumido en las políticas de formación. En efecto, cómo se forma a un ser humano en una sociedad tecnológica sin que sea un instrumento más de esa sociedad. Lo que está en cuestión es claro pero que puede sonar a terrible, lo que, por otra parte, la literatura anticipó hace decenios pero que las ciencias sociales comienzan recién a mencionar: que estamos ante una sociedad donde el ser humano cuenta cada vez menos.

Efectivamente, estamos en presencia de una sociedad sometida a modelos de funcionamiento que, comienzan a imponerse donde sólo cuenta para un porcentaje mínimo de la población de un país (25%-30%). El 70% de la población en muchos países pasa a la condición de saldo negativo, de sobrante; las sociedades se comienzan a diseñar en términos económicos y también políticos y culturales, en función de grupos reducidos de personas que conforman núcleos de iniciados a esta sociedad ultra desarrollada técnicamente. ¿Qué papel cumple la educación? Es una pregunta que tendrían que plantearse los educadores, pero pasa que por entender lo que, en este momento, ocurre en la sociedad humana.

Si retomáramos estas inquietudes para ir acotando ideas, desde el punto de vista del proceso de formación, no de la capacitación técnica, tendríamos que preguntarnos ¿qué es lo que hoy se tiene que enseñar y cómo? Si nos pusiéramos a la luz de los desarrollos económicos, políticos institucionales y desde luego, científicos y tecnológicos, no se trata de organizar currículos inmanejables, sino de saber que de la enorme acumulación de conocimientos tecnológicos, científicos y artísticos, lo más importante es enseñar; lo que implica contestar la siguiente pregunta: ¿qué significa formar en la sociedad altamente estratificada y desigual que hoy constatamos, por lo mismo marginalizante? ¿qué es lo que se necesita para formar a un ser pensante, no a un simple individuo que maneje roles, no a un individuo que esté desde el primer año en la universidad pensando en términos de su incrustación funcional a un mercado, en la medida que el mercado también es una forma de ejercer poder aunque se disfraza de fenómeno objetivo y natural, en circunstancias que ni es ni objetivo, ni natural, porque simplemente en la forma de relacionarse con otro ser humano y con la sociedad, de relacionarse entre grupos que tienen sus propias lógicas de poder y de reproducción? Por tanto, si no nos plantemos el problema ¿qué significa formar hoy día a una persona?, significa que estamos reproduciendo una subalternidad aún en las personas más rebeldes e inteligentes. ¿Es eso lo que se quiere, lo que se busca, de manera seria, fehaciente, disciplinada, tenaz y con mucho apoyo científico y tecnológico?

La pregunta ¿qué significa vivir hoy en una sociedad como la chilena? Lleva a otras como ¿qué significa capacitar a un joven? ¿hacerlo hábil para el desempeño en determinados roles? ¿llenarlo de conocimientos especializados?, tal vez todo eso sea correcto en la medida en que no nos olvidemos que antes de ser un rol, ese joven es también un ser humano pensante, pero ¿dónde se garantiza la integridad de ese ser humano pensante en forma que pueda discrepar y reconocer sus propios espacios, de definir sus propias visiones de futuro, y desde ellas definir sus propios espacios de vida y jerarquizar aquello que estime importante de aquello que no le interese?

Estamos enfrentando situaciones complejas, porque lo que está en juego hoy día, más allá de la sociedad chilena, es lo que está pasando en América Latina y en el mundo.

¿Cuál es el problema? ¿Cómo se puede resumir?

El contexto está definido por un proyecto único de sociedad que está tratando de imponer a ritmos temporales diferentes un modelo de sociedad que está fundamentalmente centrado en una polarizada estratificación social. Una estratificación social que significa que los modelos tanto políticos-económicos como políticos-sociales, como políticos-educacionales están cada vez más diseñados para minorías pequeñas.

Estas minorías varían numéricamente de un país a otro ya que no se puede comparar México con Bolivia, o México con Paraguay, o con Perú, ni siquiera con Chile, pues tampoco se puede comparar Chile con Bolivia o con Ecuador, aunque la lógica sea la misma.

El discurso es el mismo, el proyecto es el mismo; sociedades altamente estratificadas que imponen modelos que solamente pueden funcionar para una minoría selecta, por eso la crisis de la Universidad pública. En muchos países ésta es una perturbación, en razón de que a través de la Universidad pública, entendida esta como una Universidad gratuita, tienen acceso a la información, y por lo tanto, a la capacitación y a la formación mental, en el sentido que lo estoy diciendo aquí, todos los estratos sociales; lo que crearía algo imposible de manejar, porque no es posible que un modelo que, es por definición excluyente, le abra las puertas a gente que el día de mañana la va a cuestionar. Por esta razón hay que comenzar a seleccionar a quienes van a ser los huéspedes del César y quienes van a ser los esclavos del César. Lo digo fuerte porque a pesar de que hoy día no se habla ni de amo ni de esclavo, son sociedades fuertemente estratificadas en las que la educación, que se pretende que cumpla un rol fundamental, y por eso, en este momento, el Banco Mundial privilegia la reforma educativa, están preocupados por la educación porque necesitan ajustar el modelo de la exclusión económica con políticas que permitan que la gente excluida acepte ser excluida. Es el papel que se quiere que cumpla la educación de manera inteligente; ahí está el desafío, de manera de encuadrar el papel de la juventud.

Estoy pensando con el propósito de animar un debate sobre problemas que pueden tener diversas formulaciones, que, de alguna manera, apuntan al nuevo diseño de políticas educacionales en América Latina que sean funcionales al modelo económico.

Pondré un ejemplo. Hoy quién representa el paradigma de responsabilidad, de inteligencia lucidez y de responsabilidad, hasta el de honestidad son los empresarios que se han transformado en el sujeto paradigmático que debe ser imitado por todos los demás. Ello no es simplemente una afirmación ideológica, es parte de un proyecto de largo plazo, a pesar de algunas resistencias al modelo se trata de ajustar la educación al modelo, especialmente, en lo que se refiere a los equilibrios macro-económicos.

Los equilibrios macro-económicos asumen el estatus de un poema homérico que todos aceptamos y nadie discute como algo evidente por sí mismo. ¿qué son los equilibrios macro-económicos?, preguntémosnos ¿qué son esas cosas? Pero lo que les estoy señalando son múltiples problemas cuando enfrentamos la cuestión de la educación que no podemos aislar del contexto terriblemente complejo en que nos está colocando, y ahora sí uso la palabra que todos conocemos y a veces no entendemos de globalización.

La globalización obliga a plantearnos los problemas de la educación en un contexto muy complejo, que no es solamente el de los profesores, que no es el del aula o el de la escuela, pues se pretende que el egresado de esa escuela, desde la primaria hasta los grupos de postgrado, vaya a cumplir en la sociedad, asumiendo una función definida como es la de permitir que el modelo funcione legítimamente. Desde esta perspectiva se incorpora una dimensión importante en la discusión de la educación, como es la función de hegemonía que la educación puede cumplir en muchos países, en otras palabras, permitir que la gente acepte lo que no se puede aceptar, como las desigualdades y la marginalidad, que acepte, incluso, la discriminación.

Es por lo anterior que el problema de los movimientos indígenas es grave ya que cuestiona esta función hegemónica. Lo ilustro con los indígenas porque es una situación extrema, pero que no debe ocultarnos otras situaciones que no aparecen tan espectaculares, porque no son tan extremas, pero que se dan en muchos sectores sociales no indígenas; aunque en el caso de los indígenas sucede de manera mucho más aplastante, más terrible, como es el cuestionamiento que el movimiento indígena implica como cuestionamiento al proyecto de sociedad, pues significa decirle al gobierno; señores nosotros somos parte de este país y las políticas que está diseñando no nos integra porque tenemos otro proyecto de sociedad, un concepto diferente de lo que es formar un ser humano, de lo que es la dignidad; otro concepto de lo que es el futuro de nuestra sociedad. Es lo que está en juego hoy. Para decirlo en términos más filosóficos, están en juego las heterogeneidades en el marco de políticas de homogeneización totalizante ante las cuales, en las cuales, o desde las cuales se pretende hacer cumplir a la educación el papel que no puede cumplir ningún ministerio de economía, ni de agricultura, ni de relaciones exteriores, ni del interior, que es precisamente permitir formar los “ciudadanos” que acepten no ser ciudadanos.

Es obvio que lo anterior admite matices, pero hay que entender las cosas a veces brutalmente, porque estamos oyendo, escuchando todos los días tal cantidad de tonterías dichas de manera inteligente, que son las tonterías más peligrosas, como creer que se está respetando al ser humano, de creer que se está respetando a la ciudadanía, de creer que se está respetando los microespacios del ser humano. Es precisamente lo contrario, porque lo que se pretende es eliminarlas. Y ello no ocurre solamente en América Latina, también en Europa. El problema de la ETA en España, también hay que analizarlo desde esta perspectiva, así como lo que está pasando en Yugoslavia y en Europa del Este. Es un modelo global que pretende expandirse, y la educación está siendo utilizada para encubrirla; por eso es que creo que en un debate académico hay que plantear el problema, cualquiera sea la respuesta a la que lleguemos, o cualquiera sea la opción que cada uno asuma como opción personal. Pero lo que no podemos dejar de hacer es plantear el problema del contexto más amplio en el que está inserta la discusión del proceso educacional en América Latina.

COMENTARIOS ADICIONALES ACERCA DE LA RELACIÓN ENTRE CIENCIA Y HUMANIDADES

Hay dos preguntas que me parecen importantes, no puedo aludir a otras. Respecto a la pregunta que planteaba usted. Lo podría remitir a un proyecto que se está impulsando, respondiendo a sus mismas inquietudes, de cómo retomar en la práctica diaria, cotidiana del aula estas cuestiones. Se han elaborado algunas propuestas interesantes en ese sentido. Lo

remitiría a esas propuestas en lugar de explayarme innecesariamente, pero existen algunas propuestas concretas que responden a la preocupación suya.

Respecto a la cuestión que me parece muy central, que es la relación que ya aludía el profesor de la Universidad de Santiago, la relación entre ciencia y humanismo. Diría que eso coloca en el tapete de la discusión un problema que está haciendo crisis en el ámbito de las ciencias propiamente tal y creo que también tendría que hacerlo en el ámbito de la formación, es decir, de las pedagogías en general, que es el concepto mismo de disciplina. Si hay una revolución que se está dando en este momento en el ámbito de la construcción del conocimiento científico es el concepto de disciplina. Creo que es un proceso lento que no se termina por aclarar y que difícilmente van a terminar por aclarar los especialistas. Los especialistas no van a poder resolver el problema precisamente por ser especialistas, ya que han ido gradualmente perdiendo una visión global de lo que es la ciencia. Es un hecho propio de nuestra civilización tecnológica que debe asumir la educación.

Creo que la educación tendría que asumir lo que está pasando en este momento con el concepto de disciplina científica, tanto en el ámbito de las ciencias naturales como en el ámbito de las ciencias humanas. La relación entre ciencia y humanidades pasa por el cuestionamiento del concepto de disciplina, en cuanto detrás de cada disciplina (concepto que se forjó los últimos 400 años, que el siglo XX ha cuestionado en términos de las articulaciones de conocimiento), hay menos realidad que en la relación entre dos ciencias. Es un desafío que no terminamos por asumir el que haya en el entrecruce de conocimientos especializados más conocimientos que en cada uno de ellos por separado, lo que plantea problemas, no solamente epistemológicos y metodológicos vinculados a la construcción del conocimiento, sino además en el proceso de formación, porque lo que decimos tendría que tener una traducción no exclusivamente en las estructuras de los currículos, sino en la propia práctica docente. El problema que subyace es el que conviene discutir. ¿Qué es lo que hay detrás del concepto de crisis de disciplinas? Lo que urge discutir es colocar en la mesa de discusión lo que tiene que ver con el pensamiento humano, no trabajar la idea de pensamientos solo desde sus productos, porque estos productos son cada día más por lógica de acumulación del conocimiento reducidos a los marcos de las lógicas de las especializaciones. En efecto, si analizamos el pensamiento del hombre a partir de sus productos especializados, corremos dos peligros. El primero es no llegar a recuperar el problema del pensamiento transfiriéndole la responsabilidad a los filósofos; lo que estoy señalando es que se trata de un problema que no resuelven solamente los filósofos, que se tiene que resolver desde las disciplinas, ahí es donde las pedagogías, en general, deben cumplir una función importante.

El otro es creer que el proceso mismo de construcción del conocimiento por lógicas especializadas es el único camino. El riesgo consiste en partir de la fragmentación del conocimiento en forma de fragmentar sus visiones de realidad de la sociedad, de manera que el hombre no llegue a ser capaz de entender las complejidades que plantea la sociedad humana. Cuando hablo de complejidad estoy significando redefinir cosas fundamentales, que están siendo de alguna forma planteadas por el conocimiento, pero, en la medida en que seamos capaces de recuperar una visión integrada del pensamiento, no vamos a poder responder a problemas como los siguientes: ¿qué es ser sujeto humano en el siglo XXI? ¿qué es progresar? ¿qué relación tienen las distintas dimensiones de la sociedad humana? Por ejemplo, hay una dimensión que hemos jugado casi en ciencia ficción, que hemos jugado en términos hasta poéticos, pero que en este momento deja de ser ciencia ficción y que se transforma cada vez más en una realidad tangible como es la dimensión cósmica. Es decir, la dimensión del Cosmos

tiene ya una presencia como ya de alguna manera lo intuían los griegos, una presencia más allá de lo que nos gustaría que tuviera, y eso nos está planteando rompimiento de parámetros para respondernos una enorme cantidad de cuestiones relativas al ser sujeto y a los desafíos de su formación y de lo que entendemos por saber.

Son temas que el siglo XX al XXI nos plantean es de rompimientos paradigmáticos que, en el ámbito de las ciencias, conforman el paradigma cartesiano. La recuperación de la necesidad de visiones integradas de la realidad, consiste en poder reconocer cómo se puede recuperar un pensamiento sin perderse en lo fragmentario, pero sin identificar el pensamiento con una visión totalitaria que nos deja el siglo XX. Cuando se dice pensamiento global igual a pensamiento totalitario, nos referimos a un fenómeno histórico concreto del siglo XX, que no podemos asociar a las ideas de que las visiones globales, ya sea del universo o de la sociedad, sean totalitarias, pues también el pensamiento fragmentario a veces llamado malamente postmoderno, puede ser autoritario a través de las especializaciones, en la medida que genera sometimiento y transferencia de las responsabilidades intelectuales en forma tal que podemos estar hoy día al punto de conformar una elite intelectual de carácter mundial, de carácter excluyente y que se reserva la facultad de decidir acerca de lo que es correcto y lo que no es correcto.

La orden sacerdotal de Egipto se está reviviendo en el marco de la globalización, lo que significa que el conocimiento va a quedar en manos de seres iniciados en la ciencia, iniciados en la tecnología, para que los reduzcan en el mejor de los casos a la condición de aprendices de brujo, que han de ser obedientes seres disciplinados si quieren sobrevivir en un contexto complejo. En ese marco estoy ubicando la relación entre ciencia y humanismo. La ciencia tiene que servir para rescatar al ser humano en el contexto actual, hoy no está sirviendo a ese propósito; por el contrario, en la medida en que nos subordinamos al conocimiento especial, a las especializaciones, con todos sus misterios, estamos transformando el discurso de las ciencias en un discurso de alineación. Los llamados especialistas se caracterizan por todo menos por algo: saben cosas sin pensarlas, son seres rutinarios, manejan las ciencias de acuerdo a ciertos cánones, y respetando esos cánones se olvidan del significado que tiene su conocimiento. De ahí que no deba extrañarnos que sea desde esos espacios desde donde surgen con fuerza los problemas éticos del conocimiento, surgen con fuerza los planteamientos éticos como manifestación de la conciencia de que hay algo que falla en la ciencia, que se ha ido perdiendo como en esa visión que en un momento expresó la filosofía, pero que hoy día ya no cumple; de ahí que tenemos que recuperar una visión global que tiene que proporcionar la ciencia, más allá de sus especializaciones.

En este sentido, tenemos que estar alertas frente a los especialistas, lo que no significa negar su trabajo, sino, más bien, que sea el propio especialista el que relativice su trabajo asumiendo para quién lo construye. Por eso es importante plantearse la relación con las humanidades, ciencias y humanidades. El problema de fondo es el de la formación de seres humanos, no de especialistas. A este respecto tengamos en cuenta la crítica de Hosslerl, hace 50 años atrás, en relación con el desarrollo tecnológico de la cultura occidental. Debemos cuidarnos de una ciencia de pura tecnología pero sin pensamiento; cuidarnos de las órdenes de especialistas que como mandarines acumulan el conocimiento sin importar quien va a usar ese conocimiento. ¿Dónde se está forjando el conocimiento de avanzada? No se está forjando en la Universidad sino en las grandes empresas transnacionales, en base al argumento de que son las empresas transnacionales las que tienen los recursos para impulsar las investigaciones básicas que requiere la ciencia dura, también de alguna manera las ciencias sociales.

Creo que hay necesidad de una autocrítica de la comunidad científica. La comunidad tiene que hacerse una crítica de su quehacer, tiene que plantearse una autocrítica del sentido de su conocimiento y del uso de ese conocimiento. A los científicos debe preocuparles el uso de su conocimiento, claro que debería preocuparles el uso que se hace de su conocimiento. Por eso, el problema ético está vinculado a la ciencia. Su desarrollo y fundamentación requiere de la presencia de las Humanidades que, al ubicar a las ciencias en el contexto de la cultura, contribuyen a que aquellas no se olviden del hombre. No hay mayor peligro para la humanidad que una ciencia encerrada en sí mismo impulsadas por científicos incultos. Son los que mejor subordinan el conocimiento del poder.